

# EL CHISTE.

COLECCION  
DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

## AL REVÉS,

JEUQUETE EN UN AÇTO Y EN VERSO. ORIGINAL

DE

JUAN MELA.

MADRID.—1872.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.  
MAGDALENA, 40.

EL CHISTE

COMEDIA

DE DON JUAN DONATELLO Y DON MARTIN

AL REVER

DE DON JUAN DONATELLO Y DON MARTIN

1871—1872

AL REVER

DE DON JUAN DONATELLO Y DON MARTIN

AL REVÉS.

A mi buen amigo y com-  
pañero don Litgardo Peter-  
nander Gomer  
El autor

---

AL 8202

*[Faint, illegible handwritten text]*

# AL REVÉS,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO ORIGINAL

DE

JUAN MELA.

Representado con buen éxito la noche del 21 de Julio de 1872  
en el Teatro de Lope de Rueda.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,  
SOLDADO, 4.



## PERSONAJES.

## ACTORES.

MARIA . . . . .	SRA. CASTRO.
LUISA. . . . .	SRTA. SAMPER.
JOSEFA. . . . .	SR. GOMEZ.
FERNANDO. . . . .	MELA.
CÉSAR. . . . .	ESCANERO.
RAMIREZ. . . . .	BANOVIO.

---

La accion tiene lugar en San Sebastian.—Época actual.

---

La propiedad de esta obra pertenece á la galería cómico-dramática titulada *El Chiste*, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la indicada galería son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Aurova*

*A ti, ~~querida~~, queridísima, dedica este juguete,  
tu padre*

JUAN MELA.

250931

Digitized by the Internet Archive

in 2014

Digitized by the Internet Archive  
in 2014



---

## ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de paso de una fonda amueblada con lujo; puertas á derecha é izquierda con números.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece, saliendo por la puerta del fondo,  
DON CÉSAR.

**CÉSAR.** Pues señor, bravo paseo!...  
Y á no ser por mi Luisa  
por más tiempo le prolongo;  
que las matinales brisas  
de las mañanas de Julio  
con su frescura convidan  
á aspirarlas con placer.  
Acertado por mi vida  
estuve al dar preferencia  
á San Sebastian. Por dicha,  
he hallado allí lo que yo  
buscaba con ánsia viva.

Una mujer... digo mal:  
una vestal, una ninfa...  
un portento de hermosura  
que escuchó mi voz propicia,  
y que paga con su amor  
el amor del alma mía.  
—Porque no quiero negarlo,—  
siempre he visto con envidia  
los matrimonios felices...  
Y era mi ánsia continua  
encontrar una mujer  
en quien hallar reunidas  
todas cuantas condiciones  
constituyen una digna  
y fiel esposa. Y al fin dí  
con lo que yo apetecía.  
Luisa es jóven, muy modesta,  
bien educada, bonita;  
y por colmo de fortuna,  
poco exigente y muy rica.  
Que aunque yo al buscar mujer  
no imaginé que precisa  
fuera aquesta condicion,  
pues la suerte me la brinda  
con dinero, mal no viene...  
que el oro nunca se tira.

ESCENA II.

DICHO y JOSEFA.

- CÉSAR.** Hola, Pepá! Dios te guarde.  
**JOSEFA.** D. César, felices dias.  
Qué tal la noche?  
**CÉSAR.** Muy buena.  
**JOSEFA.** Me alegro.  
**CÉSAR.** Las señoritas...?



- JOSEFA. Han salido hace ya tiempo  
á dar una vueltecita  
por el puerto.
- CÉSAR. Preguntaron  
por mí tal vez?
- JOSEFA. Enseguida  
que salieron. Yo les dije  
que usted muy de mañanita  
había ido á pasear.  
Y entonces doña María... (Deteniéndose.)
- CÉSAR. Prosigue. Por qué te paras?
- JOSEFA. Ruego á usted que me permita  
callar.
- CÉSAR. Sigue, no seas tonta.
- JOSEFA. Es que puede que me riñan  
y de chismosa me tilden  
si yo le digo...
- CÉSAR. Pepita,  
prometo guardar silencio  
de todo cuanto me digas.  
Toma, cómprate un pañuelo.  
(Ofreciéndole una moneda.)
- JOSEFA. Gracias, no señor.
- CÉSAR. Chiquilla,  
toma, que si no me ofendo.
- JOSEFA. Si se ofende... (Tomándola rápidamente.)
- CÉSAR. (Riendo.) Te resignas?  
Muy bien hecho. Vamos, habla:  
con que dijo...
- JOSEFA. Verá usted... La señorita,  
que sabe usted tiene un génio  
algo duro...
- CÉSAR. Sí, de harpía.
- JOSEFA. Tanto no digo, don César.  
Es irascible, algo altiva,  
y cree ver un desire  
en la cosa más sencilla.

Al decirles yo que usted  
salió temprano, con risa  
de sarcasmo dijo al punto:  
«Desengáñate, hermanita,  
tu amante es un desatento;  
ni siquiera por política  
ha pasado á preguntarte  
si alguna cosa querías.»  
Yo repliqué: usted estaba  
en el lecho todavía;  
don César quiso que entrase  
mas como ustedes dormian...  
«No importa, insistir debió.»  
Pero es que... «Calla, parlanchina »  
Está claro, por cumplir...  
¿Cómo anoche á su salida  
de nuestro cuarto no dijo  
que temprano á salir iba?  
Como todos!... como todos!  
Ay! desengáñate, hija;  
lo toma cual pasatiempo  
de verano... Fia... fia...  
Recordarás mis consejos...  
y entonces sentirás, niña,  
haber tan crédula sido.  
«Pero hermana, tú te indignas  
al momento, contestó  
la señorita Luisa.  
Un amante no es esclavo.»  
«Debe serlo.» «Qué manía!»  
«Para eso el hombre ha nacido.»  
Qué preciosas teorías!  
Dios quiera le toque un loco  
que haga pasar á esa inícuca  
del purgatorio las penas.  
Hubo más?

**CESAR.**

**JOSEFA.**

Mil tontería

- siguió diciendo, y marcharon.
- CESAR.** Hoy me caso; al otro día  
cojo á mi mujer del brazo,  
y á ver no vuelve en la vida  
á su hermana. Qué mujer!  
El diablo que la resista.  
Si como ella hubiese muchas  
el mundo se concluía.  
Por fortuna, las demás  
de la raza femenina  
piensan de modo distinto  
y al sexo feo se inclinan,  
que lo demás es monótono:  
no te parece, Pepilla? (Intentando abrazarla.)
- FERN.** Guía, mastuerzo. (Dentro.)
- JOSEFA.** Gente viene.
- CESAR.** Hasta despues. (Entra en su cuarto.)  
(Al ir á marchar Pepa se encuentra en la puerta del  
fondo con don Fernando, que la detiene.)

### ESCENA III.

**DICHA, DON FERNANDO y RAMIREZ, que trae unas maletas  
y una sombreroera.**

- FERN.** Brava hembra!
- JOSEFA.** Qué?
- FERN.** Que es usted muy linda.
- JOSEFA.** Agradezco la fineza,  
pero no merezco tanto.
- FERN.** De mil gracias, niña bella,  
es usted raro conjunto,  
se lo digo con franqueza.  
Usted debe ser...
- JOSEFA.** Doncella...
- FERN.** Me placen. (Rápidamente.)
- JOSEFA.** (Sonriendo.) De dos señoras...
- FERN.** Yo creí...



- JOSEFA. Ocupan esa habitación. (Indicando la de la izquierda.)
- FERN. Me alegro.  
Y diga usted, ¿son solteras?
- JOSEFA. Siempre es bueno el informarse, porque acaso me convengan.  
Solteras son, sí, señor, mas como si no lo fueran.  
La menor es prometida (Señalando á la habitación de César.)  
de aquel jóven, y á la iglesia irán dentro de muy poco.  
Y á la otra, ¡santa Tecla! no la conquista ni un rey.
- FERN. ¿Y por qué, diga usted, perla?
- JOSEFA. Y es muy guapa, y es muy rica...  
Pero tiene unas rarezas...
- FERN. ¿Rarezas? ¿Y cuáles son?
- JOSEFA. Que los hombres no la petan.
- FERN. (Alarmado.) Demonio!
- JOSEFA. Porque ella dice  
que no hay ninguno que sea digno de alcanzar su amor.  
Y por tanto, que á la tierra irá con palma.
- FERN. Mal hace;  
y es lástima trague ella sus encantos, sin que antes...
- JOSEFA. Me retiro.
- FERN. Espera, espera;  
pues necesito saber...  
Tú, cómo te llamas?
- JOSEFA. Pepa,  
para servirle.
- FERN. Para servirme?  
Ojalá! Pero acaso tú no quieras.
- JOSEFA. Segun y cómo. De qué?



FERN. Tú tienes espejo, reina?

JOSEFA. Sí señor; pero á qué viene...?

FERN. Y dime, qué es lo que encuentras en él cuando en él te miras?

JOSEFA. Mi cara. (Sonriendo.)

FERN. Que es una estrella...

y por esa cara yo daría... (Intentando acariciarla.)

JOSEFA. Las manos quietas, que para que usted la toque es demasiado morena...

Y hasta luego, que ya basta de charlar y de pamemas.

RAMIREZ. Si es que ni amo no sirve, aquí estoy yo, retrechera.

Rendito sea ese armaseñ de sandunga!...

JOSEFA. (Riendo.) Qué babeiaca!

RAMIREZ. Si yo fuese rey de China sería osté reina china, porque pondría en su mano corona... setro....

FERN. Babeiaca,

mete al momento en el cuarto el saco y la sombreroera.

(Ramirez entra en el cuarto de la derecha.)

Tú no hagas caso á ese bruto que te puede tener cuenta.

#### ESCENA IV.

FERNANDO y CESAR.

CESAR. Pues señor, aguardaremos, que pronto darán la vuelta.

FERN. Caballero, buenos dias.

CESAR. Qué miro?... Fernando!

(Dejando el libro y levantándose.)

FERN.

César!

Tú por aquí? Que me alegro!

Venga un abrazo.

CESAR.

(Abrazándole.) Sí.

FERN.

Aprieta.

CESAR.

Y qué te trae por aquí?

Vamos á ver, linda pieza.

FERN.

Hijo, me trae el calor,  
porque allá por nuestra tierra  
no se puede tolerar;

que es Madrid en esta época

del año, de los infiernos

la antesala verdadera.

Vengo á que laven mis culpas,

que no deben ser pequeñas,

en vez del Jordan, las aguas

de estos mares.

CÉSAR.

Buena idea.

Esto está muy concurrido.

Mucha gente madrileña

verás aquí. Hay teatro.

FERN.

Opera, ó verso?

CÉSAR.

Zarzuela.

FERN.

No es de lo que mas me gusta,

no estoy por las tintas medias.

Quiero oír cantar ó hablar.

¿Has visto cosa mas nécia

que de pronto interrumpir

á lo mejor una escena

de dos que están razonando

de amores, y dice ella:

—Qué si yo te amo?... Escucha.—

Y despues de que la orquesta

preludia algunos compases,

y él tose, y ella bracea,

prorrumpe con voz melosa:

—«Mi pasión es una hoguera.»—

O por ejemplo, el tenor  
que está armando pelotera  
al bajo, porque no quiere  
que se case con Teresa  
su prometida, y le dice  
al ir á marcharse:—«espera.»—

Y precedido de fuertes  
de platillos y trompetas,  
canta:—«Primero la luz del día  
ha de faltar á la tierra,  
que yo tolere, Penito,  
que te cases con Teresa?»—

Nada chico, Meyerbeer,  
ó Tirso y Lope de Vega.

CÉSAR. Soy de tu misma opinión.

FERN. Pues digo, y si... cancanean?

CÉSAR. No hay can-can.

FERN. Y bufan  
exhibiéndose las piernas?

CÉSAR. No, tampoco.

FERN. Vaya en gracia;

no es poca fortuna esa:  
que han convertido el teatro  
que debiera ser escuela  
de las mejores costumbres,  
en un lodazal de...

CÉSAR. (Interrumpiéndole.) Cesa,  
y deja rodar el mundo,  
Fernando, como rueda.

FERN. Tienes razón. Y de amores?...

ya sé que al cabo te pescan.

Quiero decir: que te casas.

CÉSAR. Sí, Fernando.

FERN. Y quién es ella?

CÉSAR. Una mujer.

FERN. (Riendo.) Lo supongo.

Hombre no será...

CESAR.

(Riendo.) Tronera!  
Una mujer muy bonita,  
y rica.

FERN.

¡Brava prebenda!  
Segun me contó una chica  
que dijo ser su doncella,  
tiene una hermanita adusta  
que á los barbudos detesta.

CESAR.

Es verdad.

FERN.

Y es por capricho,  
ó es que esa rara belleza  
algun desengaño llora?

CESAR.

No lo sé; pero es lo cierto  
que dudo que alguien consiga  
á esa roca berroqueña  
ablandar para el amor.  
Te digo que es una fiera  
indomesticable. Mas este asunto  
dejemos.

FERN.

Por mí, sea.

CESAR.

Y qué tal, has ascendido?  
El sesenta y seis ya eras  
capitan, y mucho antes  
de las tristes ocurrencias  
del mes de Junio. Y hoy?

FERN.

Chico, dejé la carrera  
cuando llegué á comandante.

CESAR.

Ay, Fernando, qué simpleza!  
Cuándo ascendiste?

FERN.

El mismo año  
que tú has citado con pena.

CESAR.

Pues fué una gran tontería.  
Hay hombre que en esa época  
era sargento segundo,  
y es hoy coronel.

FERN.

(Riendo.) Aprieta!

No tanto muchacho, no.

CESAR. Qué no, dices?

FERN. Exajeras.

CESAR. Está bien, no será tanto.

Mas tú, lo que es á esta fecha,  
y despues de tantos cambios  
y tantas marimorenas,  
con algo de diplomacia  
y ensanchando la conciencia,  
hubieses llegado á ser...

FERN. Calla, que me dá vergüenza  
oir hablar de ese modo  
de la milicia. Qué afrenta!  
Por desgracia, de esa suerte  
hoy se ganan las estrellas  
y galones y entorchados  
muchos aquí. Se sublevan  
para implantar libertades;  
y los mismos pisotean  
esas libertades santas  
y abandonan su defensa  
para ganar nuevos grados  
y cintas y cruces nuevas.  
Empuñe el arma el soldado  
para arrojar de su tierra  
al extranjero invasor  
que en són de conquistas venga.  
Para hacer que se respete  
la ley, si se la atropella,  
y si un Gobierno opresor  
oprime al pueblo y le befa,  
debe defender al pueblo  
contra los tiranos. César,  
por eso dejé el servicio,  
que no blandirá mi diestra  
la espada contra mi hermano  
en fraticida contienda...



Primero la cortaré  
que cometer tal vileza.

CÉSAR. Calma, Fernando, y advierte  
que son pretensiones necias  
las tuyas, y disimúlame  
que te hable de esta manera.  
Siempre el poderoso al pobre  
dominará. La violencia  
del más fuerte, ¿de qué modo  
combatirás?

FERN. (Con brio.) Con la fuerza  
del derecho y la justicia.  
Con la ley.

CÉSAR. ¿Y sino es buena?

FERN. La ley no puede ser mala.

CÉSAR. Eso será en otras tierras,  
porque aquí los que la hacen  
esos mismos la barrenan.  
Por eso yo ni aun en broma  
politiqueo. En fin, deja  
esas graves reflexiones,  
que veo que te exasperas,  
y á males ya tan antiguos  
es difícil dar enmienda.  
Piensa solo en divertirte  
que estos lugares se prestan  
para ello. Tú que siempre  
has tenido buena estrella  
con las mujeres, emprende  
la dificultosa empresa  
de conquistar á María.  
A ver si con sutileza  
consigues rendir osado  
y trocar en blanda cera  
ese corazón de risco.

FERN. ¿Yo enamorar?...

CÉSAR. Es muy bella.



FERN. Para mí pasó ya el tiempo de galantear. Los treinta tengo cumplidos. Ahora no ando ya de Ceca en Meca tras de amorosos empeños cojiendo larga cosecha de desengaños. Si acaso buenamente se tropieza con algo bueno, y es fácil conseguirlo, se aprovecha. Pero amar... no puedo amar... mejor dicho, amo de veras; por tanto fingir no puedo, porque yo...

CESAR. Fernando, espera. Segun puedo deducir de esa extraña reticencia, estás preso entre las redes de Cupido... Cuenta, cuenta.

FERN. No puedo contarte nada César, aunque lo quisiera.

CESAR. ¿A quién amas?

FERN. A un fantasma que nunca de mí se aleja.

CESAR. Fernandillo, por acaso ¿son amores de novela?

FERN. Algo de novela tienen.

CESAR. ¡Tú romántico! ¡Oh scrpresa!

¿Cómo se llama?

FERN. Lo ignoro.

CESAR. ¿Lo ignoras?... ¿Dónde se encuentra?

FERN. No lo sé.

CESAR. ¡Qué laberinto!

El demonio que te entienda.

FERN. No es muy fácil... Otro día te contaré, mi buen César, dónde y cómo conocí

A la que mi alma llena  
de un amor... (Se oye voz de María y Luisa.)

CESAR.

Pues demos punto.

Mi novia y su ~~prima~~ llegan.

*hermana*

ESCENA V.

DICHOS, MARÍA y LUISA.

LUISA.

Vés, nos estaba esperando.

¿No es verdad?

CÉSAR.

Cierto, alma mia.

Con afan.—Bella María,

¿cómo está usted?

MARÍA.

(Secamente.)

Bien.

CESAR.

(Aparte.)

(Trinando.)

MARÍA.

Y deje de ser galante.

CESAR.

(Bendito Dios, que tal hizo.) (Aparte.)

(Esta chica es un erizo,  
siempre está de mal talante.)

¿Qué tal el paseo?

LUISA.

Grato;

la mañana es deliciosa,  
y yo vuelvo muy gozosa.

CESAR.

Lo celebro.

MARÍA.

(Aparte.)

(¡Mentecato!...)

CESAR.

Si yo lo hubiera sabido,

Luisa del alma mia,

con la mayor alegría

á las dos hubiese ido

con placer acompañando.

Pero temprano salí.

LUISA.

Ya lo sé.

CESAR.

Cuando volví,

era ya tarde... Fernando,

te presento á mi futura.

FERN.

Y que es en extremo bella.

- CÉSAR. Su hermana María.
- FERN. (Reconociéndola.) (Es ella.) (Saludándola.)
- MARÍA. (No tiene mala figura.) (Idem, aparte.)
- CESAR. Mi amigo Fernando Lara.
- FERN. Señoras, tengo el honor...  
(El objeto de mi amor  
ya encontré... ¿Quién lo pensará?)
- CESAR. Joven de claro juicio,  
militar, condecorado...
- MARÍA. (Con desdén.) ¡Ah, militar!...
- FERN. (Rápidamente.) Retirado  
para siempre del servicio.  
Y damas de tal valer  
si puedo servir de algo,  
de lo poco que yo valgo  
pueden desde hoy disponer.
- LUISA. Gracias mil.
- MARÍA. (Con frialdad.) Lo mismo digo.  
Nuestra amistad le ofrecemos.
- FERN. (¿Tu amistad, nó más? Veremos  
si algo más de tí consigo.) (Aparte.)
- LUISA. ¿Y en Madrid no ocurre nada?  
Dispense si soy curiosa.
- FERN. Señorita...
- LUISA. ¿Alguna cosa  
que merezca ser contada?
- FERN. ¿Qué quiere usted que le diga  
de Madrid?—Siempre lo mismo.  
Madrid es un hondo abismo  
en el que impera la intriga.  
La verdad no espere hallar  
en verano ni en otoño  
en la villa del madroño  
quien la pretenda buscar.  
Todo sujeto á la crítica  
de unos nécios engreidos  
que la echan de instruidos

- y juegan á la política.  
Muchos que están blasonando  
de virtudes de Caton,  
y en cuanto les dán turrón  
se ván al opuesto bando.  
Dirá usted que solo exhalo  
de mis lábios el venenc...  
Pero allí hay muy poco bueno  
á trueque de mucho malo.
- MARÍA. (Su conversacion me agrada.) (Aparte.)  
CESAR. Siempre estás de buen humor. (A Fernando.)  
FERN. En Madrid todo es peor  
que en provincias.
- CESAR. (Riendo.) ¡Qué bobada!  
FERN. Hay mucho galan prendado  
de la esbeltez de su talle,  
y que vá de calle en calle  
muy apuestc y atildado...  
Que á cuantas mira enamora  
con afan. Siempre...
- MARÍA. (Interrumpiéndole.) Mintiendo.  
¿Está usté el retrato haciendo  
de su sexo? (Con burla.)
- FERN. Sí, señora.  
no pretendo disculparlo.  
Todo es en ellos falsía.
- MARÍA. Eso á mi hermana decia  
(Con intencion, mirando á César.)  
hace poco. ¿A qué negarlo?  
No hay uno solo leal...  
Todos son á cual mejores... (Con ironía.)  
Las mujeres son...
- FERN. (Con aplomo.) Peores.  
MARÍA. No.  
FERN. Sí. (Idem.)  
MARÍA. Es imposible.  
FERN. No tal.

Y á rogar me atreveré  
que me conceda perdon  
si de la misma opinion  
no soy, señora, que usted.  
Son irremediables males...  
Quizá en raras ocasiones  
habrá algunas excepciones...  
Yo creo á todas iguales.

MARÍA. Mil gracias por el favor. (Con acritud.)

FERN. Un gran mal es la franqueza.  
Perdone usted mi rudeza  
si la ofende.

MARÍA No señor...

¿La mujer?...

FERN. Poco varía.

Las ménos son las discretas...  
Raras, tontas ó coquetas  
de poquísima valía.

MARÍA. Trata usted muy duramente (Con enojo.)  
á mi sexo, caballero;  
y prevenirle yo quiero  
que está usted inconveniente  
algun tanto.

FERN. Yo lo siento;

pero si he de proseguir  
la verdad tendrán que oír,  
yo, señora, nunca miento.  
Y aunque parezca punzante  
mi modo de argumentar,  
yo nunca lo he de enmendar,  
porque fuera vergonzante.  
¡Raro bicho es la mujer! (Sentenciosamente.)

LUISA. Repórtese usted.

MARÍA. Luisa,  
más vale tomarlo á risa.

CESAR. (Ay, me vá á comprometer.) (Aparte.)

MARÍA. Pues señor, es gran fortuna (Con ironía.)



haber un galan hallado  
de gusto tan delicado  
como usted.

FERN. Será tontuna  
pensar como pienso yo.

MARÍA. ¿Amó usted alguna vez?

FERN. (Flemáticamente.) ¿Una sola? Más de diez.

MARÍA. ¿Pero, amar de veras?

FERN. No.

Ya nadie ama de veras.  
Ha pasado el tiempo aquel  
de Marsilla y de Isabel.  
Hoy sería pedir peras  
al olmo, querer hallar  
mujeres de corazon.

No hay quien sienta una pasion  
ni quien la sepa inspirar.

Y á decir me atrevería  
que creo que no hay ninguna  
que tenga la *gran fortuna*

de hacer la conquista mia. (Risa de todos.)

Pues dado que tropezára  
con una que me agradase,  
para que yo me casase,  
que *ella á mí me enamorára*  
era condicion precisa,  
y la cual yo no revoco.

LUISA. ¿Pero está tu amigo loco?

CESAR. No le hagas caso, Luisa.

MARÍA. Eso sería muy nuevo (Riendo.)  
y bastante original.

FERN. ¿No le parece á usted mal?

MARÍA. Muy al contrario. Y apruebo (Idem.)  
tan extraña condicion.

Pero mucho desconfio  
que encuentre usted, amigo mio,  
mujer con resolucion



para emprender su conquista  
en España, por ahora.

FERN. No lo crea usted, señora. (Con cómica gravedad.)

Muchas me siguen la pista,  
y yo por eso me ufano.

Han de decirme:—«Señor,  
¿quiere usted hacerme el honor  
de concederme su mano?

MARÍA. ¡Já! ¡já! Contener no puedo  
la risa... Perdóneme...

FERN. ¿Reirse..? Pues no hay de qué. (Pausa.)

Una apuesta hago sin miedo  
de perder.

MARÍA. (Riendo.) ¿Con quién? ¿Conmigo?

FERN. Sí.

MARÍA. ¿Y es?...

FERN. Que aunque se empeñára,  
señora, en que yo la amára,  
que fuera en balde le digo.  
Pues hasta que no viniera  
á suplicarme llorosa  
que yo la hiciera mi esposa,  
dudo que lo consiguiera.

MARÍA. ¡Já! ¡já! Festivo es su humor.

Ya tengo entretenimiento  
en San Sebastian.

FERN. Presiento  
que eso es principio de amor.

MARÍA. ¡Amor yo!... ¿Amor?... Sería  
por cierto lo más extraño.

FERN. Lo que no pasa en un año  
pasa despues en un dia.

MARÍA. Puede estar tranquilo y quieto,  
que á mí no me pasará;  
y casi intencion me dá  
de aceptar su extraño reto.  
Pero no quiero vencer

por no mirarle humillado.  
Y... confieso que ha escitado  
mi simpatía.

FERN. (Aparte.) ¡Oh placer!

MARÍA. Por lo tanto, como amiga  
puede mi mano oprimir;  
y hasta luego. (Dándosela.)

FERN. A desistir  
esa confesion me obliga.

MARÍA. (Ya derroqué su arrogancia (Aparte.)  
y casi, casi, lo siento,  
que merece un escarmiento  
por su necia petulancia.)

CESAR. Luego te quiero explicar... (Aparte á Luisa.)

MARÍA. Si dán estos caballeros  
su permiso, los sombreros  
vamos, hermana, á dejar.  
(Ahora con su amigo aquí (Aparte.)  
se expontaneará: le oiré  
desde la puerta y veré  
qué es lo que piensa de mí.)

CESAR. Aquí esperamos, hablando,  
para almorzar, alma'mia. (A Luisa.)

FERN. ¡Ah, qué hermosa es mi María! (Aparte.)

MARÍA. ¡Es muy <sup>guapo</sup> simpático don Fernando! (Idem.)

## ESCENA VI.

FERNANDO, CESAR y MARIA, oculta tras el portier de su cuarto.

FERN. ¡Gracias á Dios que se fué!...  
Yo que de leal me precio  
he estado haciendo una farsa  
indigna de un caballero.

CESAR. Y á mí me has dado un ratito  
de tortura...

FERN. Ahora puedo

contestarte á la pregunta  
que me hiciste há poco tiempo.

**CESAR.** ¿Qué pregunta, Fernandillo?...  
Porque ahora no recuerdo...

**FERN.** El nombre de la mujer...  
Nó, del ángel de mis sueños.

**CESAR.** ¿Es por ventura?...

**FERN.** María.

**CESAR.** ¿María?... ¡Cuánto me alegro!

**FERN.** María, César.

**MARÍA.** (¿Qué escucho?...

¿Y dónde me ha visto?...)

**CESAR.** Pero,

¿en dónde la has conocido?

**FERN.** Ya verás; es un suceso  
muy original, escucha:  
pero guárdame el secreto.

Yo me encontraba en Madrid  
de guarnicion el funesto  
dia veintidos de Junio.  
Salí con mi regimiento  
del cuartel. Obedecer era  
preciso á mis jefes

**MARÍA.** (Empiezo

á comprender...)

**FERN.** Entré con mi compañía

en medio de un rudo fuego

por la calle de la Abada

en la de Jacometrezo.

Y te diré la verdad,

se batian con denuedo

digno de mejor fortuna

los paisanos é insurrectos.

Me mandaron atacar

una barricada; y lleno,

no de temor, de tristeza,

porque iba contra el pueblo

á combatir, mandé al punto  
cargar á mis ingenieros.  
Lo que allí pasó no sé;  
porque un balazo en el pecho  
recibí, y sin sentido  
caí desplomado al suelo.  
Cuando los ojos abrí  
solo por cortos momentos,  
rodeado me encontré  
de rostros para mí nuevos.  
Mi sangre corría á mares,  
y con lienzos y pañuelos  
atajarla procuraba  
una mujer ¡santos cielos!  
que un querube parecia.

CESAR.

¡Qué emocion!...

MARÍA.

(¡No sé qué siento

al recordar esa escena!)

FERN.

Perdí el sentido de nuevo,  
y al recobrarlo, no estaba  
ella allí. Pregunto, inquiero...  
Pero en balde, solo supe  
que con heridos diversos  
al hospital me llevaron  
desde una fonda. Yo luego  
procuré saber el nombre  
de la fonda.

CESAR.

¡Pensamiento  
magistral! y era... dí pronto.

FERN.

La fonda Española.

MARÍA.

¡Cielos!...

(Veamos si consiguió...)

CESAR.

¿Y bien?

FERN.

Cuando dejé el lecho  
fui á la fonda, pregunté;  
me enseñaron un cuaderno  
en que habia muchos nombres...

- Mas vé á adivinar...
- CESAR. Comprendo.
- FERN. Desde entónces, César mio,  
desde entónces no sosiego;  
y el semblante de María  
está grabado con fuego  
en mi corazon.
- MARÍA. (¡Dios mio!)  
(Mueve involuntariamente la cortina, y la vé César.)
- CESAR. (Fernando, nos está oyendo.)
- FERN. (Disimula.) (Alto.) Ya vé, chico,  
si nací en día funesto;  
pues segun me dicen todos  
es una mujer de hielo:  
y como sabes que soy  
tan obstinado y tan terco,  
tendré yo, aun á pesar mio,  
que abandonar el terreno.
- CESAR. Pues hombre, ruega; y acaso...
- FERN. ¿Yo rogar? César, no cejo.  
Tiene que hácerme el amor.
- MARÍA. (Pues me hace gracia el empeño.)
- FERN. Y sinó de aquí me marchó  
y emigraré al extranjero.  
Eso será lo mejor:  
de ese modo evito el riesgo  
y los desaires.
- MARÍA. (Me gusta.)
- FERN. Pues no lo hará ó poco puedo.)  
Ahora me voy de esta fonda,  
y á la noche hasta del pueblo.  
¡Ramirez! (Llamando.)

## ESCENA VII.

DICHOS y RAMIREZ.

RAM. Mándeme osté.



FERN. ¿Mis maletas has deshecho?

RAM. Sí señó: limpiando estaba  
la ropa.

FERN. Pues vuelve luego  
á guardarla.

RAM. ¿Pus qué ocurre?

FERN. Y vé á buscar al momento  
otra fonda, porque en esta  
corren peligrosos vientos.

Esta noche nos marchamos  
á Madrid.

RAM. ¿Otra te pego?...

Con tanto ir y venir  
ya me voy yo pareciendo  
á aquer mar judío errante...

FERN. ¿Qué murmuras tú, mastuerzo?

Obedece y cállate,  
ó de un puntapié...

RAM. Obedezco.

### ESCENA VIII.

FERNANDO, CESAR y MARIA.

CESAR. ¿Pero Fernando, de veras  
te vás á marchar?

FERN. Corriendo.

CESAR. Pero te despedirás  
de Luisa por lo menos.  
Espera cortos instantes,  
voy á avisarla.

MARÍA. (Me alejo.)

### ESCENA IX.

FERNANDO y CESAR.

CESAR. (Después de notar que María se ha marchado.)  
Ya se fué. ¿Cuál es tu plan?



FERN. Ya lo sabrás. Ahora espero  
que María vendrá aquí.  
No salgas en algun tiempo...  
Mejor dicho, hasta que llame  
ella misma.

CESAR. ¿Sí?

FERN. Hasta luego.

### ESCENA X.

FERNANDO.

De probar mi fortuna  
llegó el instante.  
Quiera el cielo que admita  
mi amor constante.  
¡Mi dulce dueño,  
tú eres el suspirado  
*sol de mis sueños!*  
¡Cuatro años ansiando  
llegára el día  
de encontrarme contigo,  
belia María!  
¡Tanto te quiero...  
que á no querer casarte ..  
(Transición cómica.)  
quedo soltero!

### ESCENA XI.

DICHO y MARÍA.

MARÍA. ¿Cómo se encuentra tan solo  
y en lugar tan retirado  
el sér más afortunado  
que existe de polo á polo?  
FERN. Señora, esperaba aquí  
que concluya de arreglar

mi ropa, para marchar,  
mi asistente... Porque si  
prolengo mucho mi estancia  
en San Sebastian ahora,  
puede suceder...

MARÍA. (Con alegría, aparte.) (Me adora.)  
Y ¿á dónde el viaje? (Afectando indiferencia.)

FERN. A Francia. (Pausa.)

MARÍA. ¿Habla usted francés?

FERN. Tal cual...

Lo suficiente á mi ver  
para hacerme comprender..

MARÍA. (Con burla.) ¿De las francesas?

FERN. Cabal.

MARÍA. ¿Y qué riesgo correria  
don Fernando en esta playa?...

¿Qué le impulsa á que se vaya?

FERN. Usted me fuerza, Maria,  
este puerto á abandonar. (Con fuego.)

MARÍA. ¿Yo?... ¡Respiro! No lo entiendo.

FERN. Sí, porque me estoy temiendo  
que se vá usted á enamorar  
de mí.

MARÍA. ¡Qué!... (Asombrada y con enojo.)

FERN. (Con calma.) Soy muy sincero,  
y evitarle quiero el daño  
de llorar un desengaño.

MARÍA. Muchas gracias, caballero...

Mas debe tener presente,  
que si yo me propusiera  
que usted el amor me hiciera,  
alcanzára fácilmente  
rendir su fuerte albedrío  
sin hallar oposicion  
de su parte.

FERN. (Con fatuidad.) ¡Pretension  
de mujeres!

MARÍA. (Enojada.) Señor mio, siquiera por cumplimiento no debe usted desmentirme.

FERN. Eso, señora, es decirme...

MARÍA. Que es usted muy poco atento...  
Y si prosigue en su tema, del gusto me privaré de escucharle, y marcharé á mi habitacion.

FERN. (Con ironía.) ¡Pamema!  
Usted ha salido hasta acá, porque sin duda ha sabido por César, que he decidido marcharme, y...

MARÍA. (Riendo forzadamente.) ¡Já! ¡Já!

FERN. De su alegría á pesar, señora, yo le aseguro...  
—y es más, que hasta se lo juro aunque lo quiera negar,— que vino con la intencion de detener mi partida.

MARÍA. No he visto en toda mi vida hombre con más presuncion.

FERN. Sin duda consistirá esta orgullosa manía, en que no traté hasta el dia...

MARÍA. Señoras. (Interrumpiéndole con acritud.)

FERN. Eso será.

MARÍA. Y como está acostumbrado á que le busquen...

FERN. Cabal.

MARÍA. Nos juzga á todas igual, mas de un modo equivocado...  
Pues, de señora, á mujer, hay una gran diferencia; y es un delito ó demencia distancia no establecer.

Que si olvidan su decoro  
algunas, no lo harán todas;  
que esta no es cuestion de modas,  
señor mio.

FERN. (Aparte con pasion.) ¡Ah, te adoro!...  
Mas no rindo el pabellon,  
que dejando el ceño fiero  
me has de decir: —Yo te quiero,  
Fernando del corazon!)  
Dice usted bien... pero... (¡Audacia!)  
Yo he tenido la fortuna  
de no encontrar á ninguna  
de esa clase.

MARIA. (Con dignidad.) La desgracia  
debiera decir mejor.  
Porque en pobres corazones  
que abrigan esas pasiones  
caber no puede el amor.  
El amor, debe brotar  
del alma, cual puro armiño...  
Pero, á ese otro... cariño,  
nombre no encuentro que dar.

FERN. (Al cabo se remontó.)

MARIA. Y basta ya de altercado.

FERN. Estoy mal acostumbrado  
sin tener la culpa yo.

MARIA. ¿Cuántas le han enamorado,  
don Fernando? (Con ironía.)

FERN. Más de diez...

Ya se lo dije otra vez  
si no estoy equivocado.

MARIA. (No se le puede sufrir.)

Es usted insoportable. (Con ira.)

(Pausa larga.)

FERN. Si fuese usted tan amable  
que quisiera convenir  
en decir la verdad pura

de lo que á preguntar voy...

(Despues de una ligera pausa dice con resolucion.)

MARIA. Hable usted. Resuelta estoy  
á hacerlo así.

FERN. ¿Me lo jura?

MARIA. Se lo ofrezco, y es bastante...

No faltaré á mi promesa.

FERN. ¿Detrás la cortina esa  
usted escuchó hace un instante  
una historia?

MARIA. (Pausa.) Sí, señor.

FERN. Pues la juro por mi fé,  
que es verdad cuanto conté  
y que es inmenso mi amor.

Que toda mi dicha fundo  
en que llegue usted á ser mia.

MARIA. (Conmovida.) ¿Qué dice usted?

FERN. Sí, María,

que es mi cariño profundo.

Ahora á usted hablar le toca...

Pero prevenirla quiero  
que debe ser verdadero  
cuanto salga de su boca.

MARIA. Así se lo he prometido,  
y será.

FERN. (Muy marcado.) ¿Me ama usted?

MARIA. (Ruborosa y evitando su mirada.) ¿Yo?...

FERN. Cuidadito... Sí... ó nó...

Cumpla usted con lo ofrecido.

MARIA. Señor mio... yo... rehuso... (Sin saber qué decir.)

Ya vé usted... mi posicion...

FERN. Esa no es contestacion

Mariquita. Es un abuso...

Es más, una deslealtad.

Solo decir debe aquí,

sí... ó nó...

MARIA. (Desconcertada.) Pues bien, sí.



- FERN.           ¿Qué escucho! ¿Será verdad?  
(Con profunda emocion, pero reprimiéndose al momento,  
dice aparte.)  
(Por poco me desconcierto.)
- MARÍA.       Sin darme la explicacion  
es suyo mi corazon  
que para amar creí muerto.
- FERN.       (Despues de una pausa, dice marcando mucho sus pala-  
bras.)  
Pues bien, dentro de muy poco  
aquí César vá á venir  
con su hermana, y á pedir  
va usted mi mano.
- MARIA.       (Con asombro.) ¿Está loco?
- FERN.       Y antes, ha de confesar,  
pero, *alto*, su amor vehemente.
- MARIA.       Lo dicho; que está demente.
- FERN.       Y sino, juro marchar (Con decision.)  
hoy mismo, y á toda prisa,  
y para jamás volver,  
muy lejos.
- MARIA.                       Lo puede hacer.
- FERN.       Está bien. César! (Llamando.)
- MARIA.       (Idem.) Luisa!

## ESCENA XII.

DICHOS, LUISA y CESAR y á poco RAMIREZ y JOSEFA.

- CESAR.       ¿Qué quieres?
- FERN.       Que me despido  
de tí, y de estas señoras.
- MARIA.       Luisa!... (Aparte á su hermana.)
- LUISA.       (Idem, idem.) Por qué te azoras?...
- MARIA.       Que se marcha!
- FERN.       Ordenes pido  
para América.

- MARIA. (Aparte á Luisa.) ¡Ay, se vá!...  
Y sabiendo que le amo.)
- RAMIREZ. Señorito, nos guiyamos?
- JOSEFA. A almorzar esperan ya.
- CÉSAR. Voy á acompañarte. Así...
- FERN. Yo te ruego que te quedes.  
Estoy á los piés de ustedes.  
(Al ir á salir, María le detiene colocándose ante la puerta y diciendo con fuerza.)
- MARIA. Usted no sale de aquí.  
(Reprimiéndose y aparte á Fernando.)  
¿Se ha propuesto el humillarme?  
Pues bien lo conseguirá,  
y hasta llorar me verá...
- FERN. De soberbia.
- MARIA. (Voy á ahogarme.) (Siguen hablando.)
- JOSEFA. ¿A dónde vais?
- RAMIREZ. A Piquin.
- MARIA. (Alto, y con voz alterada.)  
Sepa usted que yo le quiero.  
(Pausa.) Que me corresponda espero?
- FERN. Si viene usted con buen fin...  
(Afectando gazmoñería. María exclama furiosa.)
- MARIA. Esta es una burla impía.  
Márchese usted, por favor,  
que me está ahogando...
- FERN. (Aparte á María.) (El furor!)  
(Alto.) Adios, por siempre, María.
- LUISA. Y se marcha...
- CESAR. (Aparte riendo.) (Qué tirano!)
- MARIA. (Vá á marcharse.)
- FERN. (Desde la puerta.) Servidor.
- MARIA. (Con suplicante tono y casi llorando.)  
¿Quiere usted hacerme el honor  
de concederme su mano?
- RAMIREZ. ¡Jesú! El mundo al revé...  
Yo no me casaba así. (A su amo.)

- FERN. Sinó te marchas de aquí...  
Bien mio, perdóname.  
Alma de mi alma...  
Sol de mi sueño,  
perdona mis ardides  
yo te lo ruego.  
No, ruborosa,  
me niegues de tus ojos  
la luz hermosa.  
Confesar que se ama  
no es un delito.  
¡Desgraciado el que nunca  
sintió el cariño!  
No hay mayor pena  
que amar sin esperanza  
mi dulce prenda.
- LUISA. Del amor te burlaste, (A Maria.)  
sufre el castigo.
- FERN. ¿Me perdonas, mi vida?
- MARIA. ¡Fernando mio!...
- LUISA. (Con burla.) Sonó tu hora,  
y á querer te obligaron.  
(Se oye el toque de una campana.)
- JOSEFA. A almorzar tocan.
- FERN. Aguardad un momento...  
Tengo una idea... (A Maria, por el público.)  
Voy á ver si le engaño. (Al público.)  
Dice el poeta...  
(No encontrando palabras, dice de pronto, oyendo la  
campana que vuelve á tocar.)  
A almorzar vamos,  
al que bata las palmas  
le convidamos.

FIN.







# CATÁLOGO

## DE LAS OBRAS ESTRENADAS É INÉDITAS

QUE PERTENECEN Á ESTA GALERÍA.

---

### OBRAS EN UN ACTO.

Al revés.  
Calabazas á tiempo.  
¡Canela!  
El ramo de lilas.  
El amor en velocípedo.  
El libro azul.  
El lujo de mi mujer.  
El hombre de bronce.  
Eclipse de luna.  
Esto se complica.  
¡Estaba escrito!  
En busca de mi cartera.  
Emociones de un can-cán.  
La viuda de Rodriguez.  
La Guia de forasteros.  
La lista grande.  
Los Mayorazgos.  
Mas vale malo conocido...  
Mi gallega de Betanzos (1).  
Mi sobrino.  
No mas suegros.

No hay boda sin llanto.  
No hay muerte como el ol-  
vido.  
¡Papá!  
Por un ramo de violetas (2).  
Puertas y armarios.  
¿Quién es el muerto?  
(Se continuará.)  
Que será que no será.  
Una mision sagrada.  
Ya encontré lo que buscaba.

### EN DOS ACTOS.

Don Robustiano.  
Nadie diga de este agua no  
beberé.  
Un casamiento forzoso.

### EN TRES ACTOS.

Amar á ciegas.

---

(1) Propiedad de Madrid.

(2) Idem idem.

